

No. 10

Junio • Julio • Agosto
2022

En línea con la UNIDAD

de Investigación
y Acusación.

Revista Virtual

‘Fragmentos’: espacio de reparación y reconciliación a través del arte

Mecanismo de Monitoreo de Riesgos,
advirtiendo sobre graves afectaciones al
medio ambiente natural luego de la
firma de los Acuerdos de Paz

“La JEP no está para hacer
milagros”, dice el activista
Víctor De Currea-Lugo

“Que la Justicia Transicional sirva de
modelo espiritual y jurídico para otros
conflictos armados, para que no deje
secuelas” Fiscal en Neiva, Huila

“Sueño con un país sin problemas y
sin guerras”, dice indígena Embera
víctima de violencia sexual

Conozca el Centro de
atención a víctimas del
conflicto armado en Bosa

Dirección UIA
Giovanni Álvarez Santoyo

Dirección UIA Revista Virtual
Ana Victoria Santamaría Gómez

Redacción e investigación
Ana Victoria Santamaría Gómez
Paola Hernández
Libardo Cardona Martínez

Video y fotografía
Sebastián González

Diseño y diagramación
Diego Alba

Colombia
2022



Obra “Mi testimonio deja huella”, en el contramonumento ‘Fragmentos’, Espacio de Arte y Memoria.

Contenido



Mecanismo de Monitoreo de Riesgos, advierte sobre graves afectaciones al medio ambiente natural luego de la firma de los Acuerdos de Paz

Página 2



“La JEP no está para hacer milagros”, dice el activista

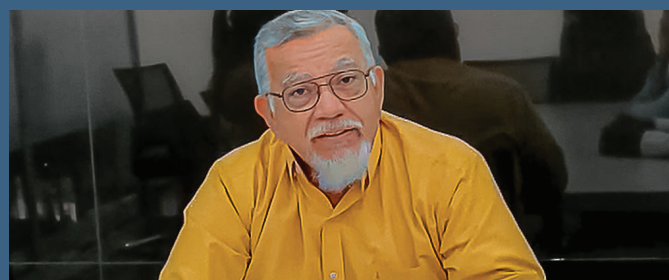
Víctor De Currea-Lugo

Página 6



‘Fragmentos’: espacio de reparación y reconciliación a través del arte

Página 8



“Que la Justicia Transicional sirva de modelo espiritual y jurídico para otros conflictos armados, para que no deje secuelas” Fiscal en Neiva, Huila

Página 12



“Sueño con un país sin problemas y sin guerras”, dice indígena Embera víctima de violencia sexual

Página 14



Conozca el Centro de atención a víctimas del conflicto armado en Bosa

Página 16



“La JEP no está para hacer milagros”, dice el activista Víctor De Currea-Lugo

El reconocido médico, periodista y defensor de Derechos Humanos hizo una reflexión sobre la JEP. Insistió en que la gente debe entender que la reparación es más importante que la cárcel para los victimarios. “Nosotros confundimos la justicia con la venganza”, dijo.

Víctor De Currea-Lugo nació en marzo de 1967 en Bogotá y se crio en el popular barrio Palestina de la localidad de Bosa. Es el menor de cuatro hijos. Su padre, Luis Alberto, fue siempre su ídolo, su referente. Su madre, una campesina del municipio de Topaipí, Cundinamarca, llegó a la capital de la República huyendo de la violencia.

“Yo me crie en Bosa-Palestina. Allí di mi primer beso de amor. Allí tuve mi primer susto de ser robado. Allí aprendí con mi papá a pegar ladrillos para ampliar la casa”, recordó De Currea-Lugo, médico de profesión, periodista de oficio y activista por convicción.

En Palestina, De Currea-Lugo comprendió lo que era la pobreza. Los de su casa se enseñaron a vivir prácticamente sin los servicios de agua y luz. A veces sus padres cogían la energía eléctrica de los postes, es decir, de contrabando. El agua llegaba a la casa a través de mangueras.

Cuando creció, De Currea-Lugo optó por la medicina. Entonces se matriculó en la Universidad Nacional. Para su familia, Víctor era una especie de héroe toda vez que de los 70 primos solo él y un administrador de empresas tuvieron la oportunidad de ir a la universidad. Por su matrícula pagaba semestralmente 275 pesos.

De Currea-Lugo salía en bus de su barrio a las cinco de la mañana para llegar a tiempo a la clase de las siete. Prácticamente no salía de las bibliotecas porque no tenía dinero para comprar libros.

“Mis estudios fueron una aventura”, dijo De Currea-Lugo en tono jocoso, no sin antes enfatizar que la de estudiante fue una época bonita de su vida.

Durante su paso por la Nacional se fortaleció mucho más como activista –en el bachillerato ya había dado sus primeros pasos–. De hecho, perteneció a los movimientos estudiantiles. En 1994 obtuvo el título de médico.

Luego, entre 1997 y 1999, se vinculó al Comité Internacional de la Cruz Roja en Colombia. Allí trabajó en dos tareas básicas: la primera, como médico en zonas de

conflicto armado (sur de Bolívar, Serranía del Perijá, Montes de María y Magdalena Medio); la segunda, enseñar Derecho Internacional Humanitario.

“Ser médico en zonas de conflicto es bueno, pero eso tiene sus debates éticos. Las organizaciones pueden ser neutrales, pero las personas no. Nosotros tenemos sentimientos, empatías, antipatías”, observó De Currea-Lugo.

De inmediato, el activista trajo a su memoria una anécdota: “Una vez me vi enfrentado a un caso que daría para un libro y dije ‘me voy del país’. Fue la atención médica de un grupo de paramilitares que me generó un choque (interior) muy grande por lo que ellos habían hecho contra la población civil” en el sur del departamento de Bolívar.

Terminado su doctorado en una universidad española, en 2003, De Currea-Lugo se fue a recorrer el mundo. Como trabajador humanitario estuvo en Palestina, pero no su barrio, sino el estado de Oriente Próximo. “Estuve muy metido en la causa palestina y la sigo apoyando. De hecho, he publicado varios libros sobre el tema”, advirtió.

Después estuvo en el Sahara Occidental, en Bolivia y en Sudán. Luego, como miembro de Médico Sin Fronteras, anduvo por Bangladesh, Birmania, Etiopía, Somalia y, desde luego, Colombia.

Entre 2010 y 2016, desde el exterior, fue colaborador del diario bogotano El Espectador. Escribió sobre las revueltas árabes, esto es, sobre Túnez, Jordania, Líbano, Argelia y Egipto. También escribió sobre la guerra contra el Estado Islámico y, posteriormente, sobre Afganistán, Nepal, Sri Lanka, Indonesia y Filipinas, entre otros países.

Su último cubrimiento: la guerra en Ucrania tras la invasión rusa. Escribió seis crónicas para la revista virtual Cambio. Hace como un mes, De Currea-Lugo regresó a Colombia. El 7 de junio estuvo en Bosa dictando una conferencia. Por primera vez, en mucho tiempo, se sintió en casa.

¿Cómo ha visto el trabajo de la JEP?

Juiciosamente, cuando uno habla de paz en Colombia, si es responsable, tiene que leer todo el mamotreto del Acuerdo Final (suscrito entre el gobierno nacional y las hoy pacificadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia o FARC). ¿Qué resulta interesante para mí? El esfuerzo hecho, con todas las limitaciones humanas, por tratar de juntar dos conceptos tan abstractos, tan riesgosos y tan desafiantes como el concepto de paz y el concepto de justicia.

Ciertamente dos conceptos bien complejos...

Ningún proceso de transición, posguerra, postconflicto armado, ningún proceso en el mundo va a garantizar ni una paz cien por ciento ni una justicia cien por ciento. Creer que eso se puede, sería el primer error de la gente. Hay que lograr un balance, entendiendo que hay zonas grises y vacíos que van a existir. Sin embargo, son muy superiores los éxitos (de la justicia transicional) a la justicia ordinaria.

Mucha gente sigue pidiendo cárcel para los actores del conflicto armado cuyos casos son conocidos por la JEP. ¿Usted qué opina?

Eso es algo que me sigue impactando de manera brutal y es el afán de un sector de nuestra sociedad en querer, invocar y extrañar la justicia punitiva, en la cual prácticamente todo se arregla a través de cárceles. “Que construyan más cárceles”, dicen. Y eso en realidad no sirve.

¿Qué echa de menos por parte de la JEP?

Es algo que no es culpa de la JEP, sino del país: una estrategia para explicarle mejor a la gente qué es la entidad. Explicarle a la gente por qué una persona que cometió un crimen de guerra o contra la sociedad, es mejor que construya una escuela, que ayude a hacer un centro de salud, es decir, que repare a las víctimas, que diga dónde está la osamenta de una persona desaparecida, y no que vaya a la cárcel.

Entonces, según usted, mejor la reparación que la cárcel...

A ver: nosotros confundimos la justicia con la venganza. Yo se la quiero cobrar a usted, entonces que sufra. Y eso no es así. Mejor que el victimario repare. Ese pequeño hecho requiere un cambio en la cultura política de nuestro país. Entonces, cuando lo que nos mueve es el odio y no la esperanza, lo que se produce es venganza y no justicia.

Los exjefes de las FARC pidieron recientemente perdón por los secuestros perpetrados en el país. Eso, sin duda, es bien importante para la reconciliación...

Yo he hablado con varios de ellos. Hay una cosa que echo de menos y es que me gustaría ver un reconocimiento por parte de las Fuerzas Armadas (como el del 21 de junio pasado cuando en la JEP los excomandantes de las FARC pidieron perdón público por los cientos de secuestros que perpetraron en todo el territorio nacional durante más de medio siglo de conflicto).

Yo siento que, aunque el modelo JEP tiene cosas muy buenas, hay tres cosas que me preocupan: uno, que las Fuerzas Armadas no dan cuenta de

sus crímenes –que no son pocos– de la misma manera que lo hicieron las FARC (respecto del delito de secuestro).

Muchos militares también están siendo procesados por la JEP. Usted lo sabe, ¿cierto?

Lo digo porque yo en los (años) 90 trabajé como médico en zonas de conflicto y vi los crímenes y las consecuencias de los crímenes cometidos por las Fuerzas Armadas.

Ese perdón por parte de las Fuerzas Armadas tiene que darse porque en Colombia se han cometido demasiados crímenes, y no son de la misma naturaleza que los crímenes de las FARC, no porque el daño no sea igual, sino porque se hicieron a nombre del Estado, con los recursos del Estado, con la confianza que puede producir un agente del Estado en una comunidad a la que luego traiciona.

Usted habló de tres cosas que, según dijo, le preocupan de la JEP. ¿Cuáles son las otras?

La segunda cosa que me preocupa de la JEP es la responsabilidad de civiles que financiaron la guerra. Hay señores de cuello blanco que siguen tranquilos en la política, en las empresas, y que si bien es cierto nunca se mancharon las manos de sangre, dieron las órdenes y la plata para que se cometieran masacres.

Y la tercera es que, contrario a lo que dijo la Corte Penal Internacional, donde toda persona es responsable, en el caso colombiano se excluyó, por razones políticas, la responsabilidad de los presidentes (de la República), quienes no pueden ser llamados a la JEP.

Entonces, todos esos son sapos que nos toca tragarnos. Veamos: uno, el que piense que la JEP está para hacer milagros, más allá de su mandato, está equivocado; la JEP no está para hacer milagros. Dos: el que piense que la JEP va a dar cuenta de cada uno de los crímenes de guerra del país, también está equivocado porque nadie humanamente podría hacerlo.

Tres: el que crea que la JEP es una cortina de humo para jugar con las víctimas está equivocado. Cuatro: el que crea que la JEP es una institución al servicio de la guerrilla, una complacencia para las FARC, esta equivocado. Ojalá el país sea justo con la JEP.

¿Cómo calmarles la rabia justificada que tienen las víctimas con los victimarios?

Yo creo que más que calmarles la rabia, es canalizarles la rabia a las víctimas (...) Que la digan, que la expresen, que lloren. Que la víctima misma entienda los caminos posibles y reales de reparación, de sanación y de cicatrización. A veces la víctima dice: “Yo quiero que lo piquen en pedacitos”. Pero, ¿eso va a resolverle el problema de su desaparecido? ¿Va a resucitar el muerto?

El quinto mito es creer que la justicia transicional va a dejar a todo el mundo contento. No, va a haber dolores y rencores. Lo peor es esperar que la JEP haga milagros y que sea un modelo perfecto. Esto es un proceso humano y de humanos.

En línea con la

UNIDAD

*de Investigación
y Acusación.*

Revista Virtual